

toros, de ejecutar en terrible represalia lo que les fuese mandado por Opede. El vicario legado de Aviñón les agregó las tropas que tenía en el condado, y fueron además reforzados por un pequeño cuerpo de ejército francés que en estas circunstancias llegó del Piemonte al mando del terrible barón de la Guardia. Viéndose Opede en estado de obrar, hizo anunciar en pleno parlamento la ejecución del decreto que los indignos escosos de aquellos sectarios habían arrancado á los católicos y la proscripción irrevocable de todos los valdenses obstinados en la herejía. En su consecuencia, cuatro comisarios, nombrados para hacer obedecer á la justicia, y la tropa marcharon sin dilación contra los rebeldes (1545).

Las villas y aldeas fueron saqueadas y quemadas. Devorando el fuego hasta las mieses y árboles frutales, huían los habitantes con sus mugeres ó hijos á los bosques y montañas. Veíanse marchar precipitadamente los ancianos decrepitos, las madres llevaban los hijos más tiernos, ó envueltos en sus pañales, ó desnudos á sus pechos, y el soldado inexorable degollaba y destrozaba cuanto podía haber á las manos sin atención alguna á la flaqueza del sexo ó de la edad. Este ejército se dividió en muchos cuerpos para llevar á mas lugares la catiboria y la desolación. Aquí sorprendían un pueblo, cuyos rincónes examinaban para que nadie se salvase; allí ponían fuego en los cuatro ángulos de los edificios, y consumían á todos los habitantes juntos. Los desfiladeros y precipicios no eran asilo seguro á la desgracia: en ellos embestían á los que se retiraban, les cortaban todas las salidas, ó los cerraban como brutos en las cuevas, prohibían, pena de la vida, suministrarles alimento alguno, y se los reducía á perecer de hambre, ó á venir á ser presa de los lobos y de los osos (1).

(1) Steid. Hist. de Thon. Hist. de Thon.

En Merindol, lugar entregado propiamente al anatema y bien informado del castigo que le esperaba, no se halló una sola persona. Pegaron fuego al pueblo, y de doscientas casas que le componían, ni una sola quedó en pié. En la campaña cogieron á un joven, y le ataron los soldados á un árbol para pasarle por las armas. Algunos, sin embargo, quisieron que se le hiciese gracia; mas el abogado general Guerin, uno de los comisarios del parlamento, mandó tirar, y fué obedecido. Esta atrocidad, tan digna en efecto de un castigo ejemplar, fué de la que mas se acusó á Guerin en el proceso criminal que mas adelante le hizo expiar sobre el cadalso su celo bárbaro. De Merindol, donde el primer presidente no dejó de concurrir con el abogado general, se fueron á Cabrieres. Solo habian quedado allí sesenta hombres y treinta mugeres, que trataron de defenderse; pero se capituló con ellos para no retardar el saqueo, se les prometió la vida, y despues se les cargó á todos de cadenas. Los hombres fueron conducidos á una pradera vecina, y los ahorcaron á todos sin distincion de edades; á las mugeres las encerraron en una trox llena de paja, y luego la pusieron fuego; y cuando se asomaban á las ventanas para atrojarse, las repelían con las horcas de palo ó las recibían sobre la punta de las picas. De la misma atrocidad y perjurijs usaron contra la pequeña ciudad de la Coté, que tenia buenos muros y estaba fortificada con un castillo. Despues de haber prometido que no harian daño alguno á los habitantes con tal que dejasen sus armas en el castillo y derribasen por cuatro partes los muros de la ciudad, entraron por las brechas que la credulidad de aquel desgraciado pueblo habia hecho, y pasaron á cuchillo á todos los varones sin dejar uno solo. Las mugeres é hijas, para libertarse del primer impetu del soldado, se habian refugiado á un jardín

cerca del castillo; pero todas fueron tan brutalmente ultrajadas, que muchas murieron allí mismo. Así las pasiones de los individuos deshonraban la causa que se habian encargado de vengar; la Religion, que reprobaba semejantes infracciones de las leyes de la humanidad, puede muy bien aplaudir el celo, pero siempre condenará los estravíos de sus defensores.

Hubo veintidos ciudades ó pueblos saqueados y quemados, y perecieron unas tres mil personas. Muchos católicos, que se hallaban mezclados con los valdenses, experimentaron las mismas crueldades que los herejes. Despues de la mortandad, mas de setecientas personas fueron condenadas á galeras, y otras á enormes multas. Apenas hubo algunos absueltos, despues de haber abjurado, y en tan corto número como podia esperarse de semejantes apóstoles, de los cuales muchos saquearon las iglesias y profanaron los vasos sagrados. Los paisanos de las inmediaciones, que acudieron para tener parte en el botin, no cometían menos desórdenes que el soldado (1545).

Estas barbaridades indignaron á toda la Francia. El rumor de ellas llegó á la corte, donde se logró justificarlas por algun tiempo; pero se asegura que Francisco I, mejor informado por último, y no pudiendo en la hora de la muerte calmar su conciencia, mandó al delfin, que iba á sucederle, que hiciese un exámen mas sério de este negocio, y castigase ejemplarmente á los culpables. A lo menos es constante que el rey Enrique II comisionó al parlamento de Paris para examinar de nuevo el negocio, y que despues de cincuenta audiencias, en las que nada se omitió de cuanto pudo conducir á descubrir la verdad, el abogado general Guerin, acusado por otra parte de cohechos, fué degollado. El baron de la Guardia pagó con algunos meses de prision, y el presidente Opede no sufrió castigo alguno; lo

B. del C., tomo XIX.—VI.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo IV.

cual nos confirma en la idea de que los gefes tomarian sin duda medidas generales de rigor, pero que las crueldades eran obra de los subalternos, desaprobadas por sus superiores.

Mientras que de esta manera se iba envenenando en Europa la llaga hecha á la Iglesia, un hombre verdaderamente apostólico se esforzaba en las estremidades del Asia á restituir á aquel gran cuerpo todo su vigor y lozanía. Francisco Javier, uno de los primeros discípulos de San Ignacio de Loyola, no hacia todavía tres años que evangelizaba en las Indias, y ya la fé romana habia conquistado unas regiones mucho mas vastas que aquellas de donde la herejía é impiedad la habian desterrado en Europa (1). En Mozambique, en Melindra y en Socotora, en todas las costas occidentales de Africa, á donde aportó la flota que le llevaba, habia sembrado esta semilla evangélica, que casi nunca fué estéril en sus manos. Habiendo llegado á Goa, capital de las Indias portuguesas y centro del comercio de todo el Oriente, el primer objeto que llamó su atención fué el estado deplorable del cristianismo entre los que profesaban la fé. Figúrese el lector un pueblo vencedor, errante de mar en mar, llevando el hierro de unas partes á otras, avasallándolo todo en su camino por un nuevo género de armas y de combates, teniendo por menos glorioso el dictar leyes que el no seguir alguna; y que no hallando freno contra la violencia, contra la licencia y el impetu de las pasiones, contra el desprecio de la equidad, la sed del oro y todos los vicios, no ponian por su parte limite alguno al desenfreno. Entre todos los medios de enriquecerse, la usura era el menos odioso. El concubinato público era el libertinaje mas excusable, á pesar de que los mahomes-

(1) Tursel. Vid. de S. Javier, l. 2, c. 2 y 3 etc.; Bouh. l. 2 y 3.



tanos y los cristianos tenían casi igual número de mujeres, y se hacía un tráfico infame de estas desgraciadas despues que habian saciado la brutal pasion de sus primeros raptos. Los hombres se robaban como las bestias, vendiéndose al mas vil precio. Los asesinatos se cometian á cara descubierta, y los asesinos lejos de ocultarse, hacian alarde de sus crímenes. La justicia se vendia en los tribunales, y con tal que el culpable tuviese con que corromper sus jueces, el crimen estaba seguro de la impunidad. La Religion misma que habia servido de pretexto á la invasion de las tierras de los infieles se hallaba afligida y oprimida en muchos parages. El culto público de los ídolos era permitido hasta en la capital. No solamente se toleraba que los príncipes tributarios persiguiesen á los cristianos, sino que los infieles y los sacerdotes idólatras adquirian á precio de dinero los cargos públicos.

Javier comprendió fácilmente que en vano se esforzaria en convertir los indios á la fé mientras que estos escándalos no cesasen de alejarlos de ella; por eso gemia delante de Dios y afligia su carne con ayunos y maceraciones las mas espantosas, y fué á alojarse al hospital, aunque estaba revestido del carácter de legado apostólico y era tan particularmente estimado del rey de Portugal. Servia á los enfermos en los oficios mas humildes y penosos; iba de puerta en puerta á buscarles limosnas; pasaba de los hospitales á las cárceles, donde ejercitaba la misma caridad; recorría todas las calles con la campanilla en la mano suplicando á los padres de familia que enviasen sus hijos á la escuela: despues volvia al anochecer, y en voz alta encargaba á los fieles que orasen por la conversion de los que estaban en pecado mortal. Los ciudadanos, movidos de una vida tan santa y de un método tan nuevo, fueron insensiblemente volviendo del olvido

de Dios á la consideracion de las verdades eternas y del funesto estado de sus conciencias. Los niños, plantas tiernas y flexibles, tomaron primero las impresiones que el Santo habia emprendido darles; y así los cánticos piadosos sucedieron en sus bocas á las canciones obscenas que antes se les enseñaban luego que sabian hablar; llevaban á la casa paterna la modestia, el uso de la oracion, el horror al vicio, y el temor de los juicios de Dios; mas sin embargo, los padres se sonrojaban de recibir ejemplo de aquellos á quienes debian darle. Entonces el apóstol empezó á hacer predicaciones públicas, tronó contra el pecado, y ponderó todo el peligro de la impenitencia. A su voz los pecadores mas escandalosos, íntimamente conmovidos, fueron los que mas se apresuraban á pedir misericordia. Siguiólos la multitud, y en poco tiempo Goa, Málaea, todas las ciudades en que el Santo se presentó, mudaron de aspecto.

Lo que no habia conseguido en el púlpito, lo alcanzaba al fin con sus piadosas industrias, y con los encantos irresistibles de su conversacion. Esmerándose como Pablo en hacerse todo para todos, y á ejemplo de Jesucristo no temiendo que se le reprendiese el tratar con los pecadores, los visitaba á menudo, se sentaba alguna vez á su mesa, y allí con aire festivo, con semblante alegre, y con una palabra dicha, al parecer, sin designio, pero realmente á propósito, fijaba el corazon del esposo en su muger legítima y le desprendia de todas sus concubinas. Afectaba alguna vez no hablar mas que de cosas indiferentes, sin proferir una palabra que oliese á reprension; y haciendo temer á los pecadores un abandono sin remedio este silencio enérgico y una muerte próxima en su pecado, se arrojaban á sus pies pidiendo penitencia. De la capital se trasladó á todas las fortalezas, á todas las habitaciones y á todos los navios: quiso des-

terrar el vicio aun de la última chalupa. La vida de un soldado, el alma de un marinero, era tan preciosa á sus ojos como la de un oficial de primer orden. Hubo soldado cuya conversion le costó muchas semanas consecutivas de desvelo, de familiaridad, de complacencia y de groserías sufridas con una dulzura cada vez mas atractiva. Hubo otro en cuyo juego tuvo la condescendencia de interesarse, á fin de suspender los ímpetus de una desesperacion en que estaba ya para quitarse la vida con su propia espada ó precipitándose en el mar: despues de lo cual le inspiró Javier una compuncion tan sincera, que el penitente, dando ejemplo de una mudanza tal vez la mas ejemplar de todas, hizo y cumplió la resolucion de abstenerse para siempre de los juegos de suerte. Estas conversiones súbitas no fueron sin embargo fervores pasajeros y sin resultado; pues, lejos de eso, la piedad se estableció sólidamente en todas partes: los que apenas se confesaban una vez al año, lo practicaron cada mes arregladamente; y en Goa á lo menos quedaron las familias tan bien arregladas, que parecia una colonia recién transportada de otra parte.

Cuando el varon de Dios hubo purificado de esta manera las costumbres cristianas, creyó poder emplearse ya con fruto en la conversion de los infieles. Sobre la costa oriental de la península, al lado acá del Ganges, desde su cabo mas meridional, llamado de Comorin, hasta la isla de Manar, se estienda una tierra abrasada por los ardores del sol, tan estéril y destituida de las comodidades de la vida que ningun estrangero queria establecerse en ella. Es solo habitada por unos miserables pueblos, llamados párvos ó pescadores, que pasan su vida en el seno del mar, para pescar en él las perlas en beneficio de avaros comerciantes, de quienes en cambio apenas reciben con qué poder subvenir á su precisa subsistencia. Esta

pintura que de la costa de la Pesqueria se hizo á Javier, fué para su caridad el imán mas atractivo. Juntado la humildad al amor de los trabajos, fué á pedir la bendicion al obispo de Goa, á quien declaró, postrado á sus pies, que no pretendia hacer uso, sin su beneplácito, de los poderes de legado que tenia del Sumo Pontífice.

Habiendo desembarcado en el cabo de Comorin, distante de Goa unas doscientas leguas, encontró primero una aldea toda idólatra, y no quiso pasar á otras sin haber anunciado allí el nombre de Jesucristo. Sus palabras hicieron poco efecto; se necesitaban prodigios semejantes á los de los Apóstoles para hacer obras no menos admirables que las suyas. Una muger de la aldea, cruelmente atormentada tres dias habia con los dolores de parto, estaba á punto de espirar; el Santo fué á verla, la exhortó á confiar en el Dios de los cristianos, y la esplicó los principios del cristianismo. La enferma pidió el bautismo, diciendo que creía de todo su corazon. Javier la leyó un Evangelio y la bautizó; ella parió inmediatamente y al instante se halló perfectamente restablecida. Toda la familia, llena de admiracion, se arrojó á los pies del Santo, y no hubo una sola persona que no recibiese el bautismo despues de la instruccion conveniente. Divulgóse la noticia en toda la aldea y en las moradas vecinas; y un oficial, comisionado para recibir el tributo en nombre del príncipe del territorio, quedó tan admirado que confesó la excelencia de la fé cristiana: despues de lo cual aquellos pueblos, sujetos á la dependencia mas servil y contenidos hasta entonces por el temor, acudieron todos apresuradamente para recibir el bautismo. El concurso fué tan grande que Javier, á fuerza de bautizar, no podia ya levantar el brazo, y le faltaba ya la voz de tanto repetir las oraciones. Solo los niños que murie-



ron pocos despues de bautizados, ascendieron á mas de mil.

Estos sucesos fueron todavia mas abundantes en el reino de Travancor, sobre la costa occidental, donde fué por tierra el infatigable misionero, atravesando la Península en toda su estension. Se vé por sus cartas que en un mes bautizó allí diez mil idólatras, y que muchas veces en un solo dia bautizaba un pueblo entero y muy numeroso. Allí mismo comenzó Dios á comunicar á Javier, y con aquella plenitud que le hizo semejante á los primeros Apóstoles, el don de lenguas, el de profecía, el de curacion de todas las enfermedades, el de resucitar muertos, y la virtud de aterrar con una sola palabra ó un gesto á un ejército de bárbaros conjurados contra sus amados neófitos. El rey de Travancor, tan milagrosamente libertado de la irrupcion de los bádagos armados para asolar sus posesiones, quiso ver al taumaturgo, le abrazó como á su libertador y su padre, diciéndole delante de todos: «yo me nombro el gran rey, y en adelante vos sereis llamado el gran padre.» Aunque idólatra, mandó al punto que se obedeciese al «gran padre» como á su propia persona y que el que quisiese ser cristiano lo fuese sin temor. A escepcion del rey, menos aficionado á sus dioses que á sus placeres, este reino, uno de los mas grandes de la península, vino á ser cristiano dentro de algunos meses. Júzguese de estas conversiones por las que se hicieron al mismo tiempo en Manar por un discípulo de Javier. El rey de esta isla, idólatra bien diferente del de Travancor, é implacable enemigo de la Religion cristiana, mandó dar muerte á todos los súbditos suyos que la hubiesen abrazado, sin perdonar á su hijo primogénito, que era de este número, junto con muchos señores de la corte; y entre seiscientos ó setecientos que fueron presos, no hubo uno siquiera que no quisiese mas

ser degollado que renunciar su religion.

Estos triunfos del Evangelio se divulgaron en todas las Indias, y el Dios de los cristianos vino á ser en ellas tan venerable, que los pueblos mas infatuados de sus ídolos enviaban á suplicar al varon de Dios que fuese á bautizarlos. Entonces fué cuando afligido de no bastar él solo para una mies tan abundante y de no poder obtener los operarios necesarios escribiendo á todas partes, fué asaltado de impulsos extraordinarios que le hicieron decir en una de sus cartas (1): «Me viene al pensamiento el recorrer todas las academias de Europa, sobre todo la floreciente universidad de Paris, y esclamar en ellas con todas mis fuerzas: ¡Ah! ¡cuántas almas pierde el cielo por vuestra culpa, mientras que una vana sombra de gloria os hace olvidar los intereses de Jesucristo y el castigo espantoso que está reservado á los que hubieren inutilizado el talento que Dios les ha confiado!» Escribió en efecto desde lo interior de las Indias á la Sorbona una carta, cuyo original se ha perdido, pero de la cual muchos sábios, y en particular Juan de Rada, compatriota del Santo, sacaron copia, admirando la caridad apostólica que respiraba en cada línea.

Como estos pensamientos inflamaban cada vez mas su celo y le estimulaban á desempeñar su ministerio en toda su estension, resolvió pasar á la península del otro lado del Ganges, y llevar la luz evangélica de isla en isla y de reino en reino hasta las estremidades del Asia. Tuvo la devocion de ir antes á implorar el socorro del cielo en el sepulcro del Apóstol Santo Tomás, el primero que instituyó la cristiandad en las Indias. Veintiseis años antes habian hallado los portugueses, en 1523, algunos restos de un cuerpo humano y la punta de una lanza en medio de las ruinas de la antigua

(1) Javier, Ep. 9.

ciudad de Meliapur; en una capilla que las gentes del pais decian haber sido construída por el Santo Apóstol. Aseguraban además que aquella lanza era la misma con que habia sido atravesado en su martirio. Esta tradicion, junta con algunas inscripciones que la confirmaban, empeñó al rey de Portugal á reedificar la ciudad de Meliapur y á darla el nombre portugués de Santo Tomás (1). Lo que prueba mucho mejor todavia, sino la verdad de la tradicion, al menos la sinceridad de la persuasion en que se estaba, es el olor de virtud que exhalaban, por decirlo asi, aquellos monumentos sagrados y que de tal modo habia preservado á aquella colonia portuguesa de la corrupcion general de las otras, que Javier, despues de haberla reconocido, dijo que no habia visto en todas las Indias una ciudad tan cristiana. Despues de satisfacer su propia devocion, casi no tuvo que hacer mas en ella que sacar de la molicie oriental un pequeño número de particulares, y reducir los otros á las observancias perfectas del Evangelio. Partió luego para Malaca y para las tierras todavia mas remotas hácia el Oriente: carrera todavia sembrada enteramente de trabajos, muy diversos de los de la India y del Ganges, pero le veremos correrlos con el mismo feliz suceso.

Mas no bastaba reemplazar los desertos de la Iglesia; era preciso tambien impedirles una infamia que los imposibilitase de propagar mas la seduccion. El cielo ha-

(1) Maff. Hist. Ind. t. 8; Kircher. Chin. illust. p. 91; Baill. t. 3, p. 270.

bia oído ya los clamores de todos los verdaderos fieles que pedian un concilio ecuménico, como el único dique suficiente contra esta irrupcion de todos los errores y escándalos. Hecha la paz con Carlos V y Francisco I, dóciles en fin á las instancias paternales del Sumo Pontífice, y en el mundo cristiano, trastornado por tan largo tiempo con sus odios recíprocos, púdose ya señalar un lugar tranquilo y seguro para la asamblea de los prelados. Estaban ya todos convencidos de la mala fé de los sectarios, que despues de haber sido los primeros en pedir el concilio, mostraban claramente, con sus artificios inagotables, que no adoptarían ninguno, á menos que no desfigurase la doctrina de la Iglesia, al mismo tiempo que destruyese el orden antiguo é invariable prescrito por el Espíritu Santo para las asambleas que él mismo quiere regir. Entonces el Papa Paulo III, despues de haber sondeado las disposiciones de los príncipes, espidió la Bula de convocacion con fecha de 19 de marzo de 1544, y convocó el Concilio para Trento, en la frontera del Tírol, entre la Italia y la Alemania, para el 15 de marzo del año siguiente. Sin embargo, sobrevinieron todavia varios obstáculos, y principalmente de parte de Carlos V que habia pedido el concilio con el mayor ardor; lo que hizo diferir su apertura hasta el tercer domingo de Adviento, que en este año de 1545 cayó en 13 de diciembre. Tales fueron las contradicciones que debia sufrir esta obra de Dios á proporcion de su utilidad; mas los trabajos fueron ventajosamente compensados con los frutos que al fin se recogieron.